

EL MUNDO VISTO DESDE «LOS PRIMEROS JESUITAS»

La combinación de la celebración de los 500 años del nacimiento de San Ignacio de Loyola con los 450 años de la Bula «Regimini militantis ecclesiae», que oficializaba a la naciente Compañía de Jesús, en medio de la peor crisis que había golpeado a la Iglesia Católica hasta entonces, había producido una verdadera avalancha de libros y estudios sobre ese fenómeno. Quizás a la larga el más valioso de ellos sea la profunda revisión a la que, la propia Compañía de Jesús, ya cuatricentaria, ha sometido su propio modo de vida y el modo particular que tiene y ha tenido de interpretar este mundo y su «misión» en él. Toca a otros trabajos en este número el dedicarse a este asunto y a sus implicaciones para nosotros. Si estamos o no en los albores de una nueva versión de lo que san Ignacio y sus primeros compañeros llamaban «nuestro modo de proceder», es algo que tocará dilucidar a tiempos por venir y donde, a no dudarlo, tendrá una significativa intervención el «contexto» en el cual debe actuar y moverse hoy la «universal Compañía», el más dificultoso de los cuales es, parece obvio, el propio medio eclesialístico, tan enrarecido últimamente.

Entre esos libros que han visto la luz y que arrojan mucha sobre el fenómeno jesuita, destaca el que apareciese en 1993 en los Estados Unidos, en una editorial (¿quién lo hubiese pensado en tiempos de la Contrarreforma católica?) tan seria e importante como la de la Universidad de Harvard. En sus 450 páginas su autor, el jesuita John O'Malley, afamado historiador de la Iglesia y profesor de esta materia en la «Weston School of Theology», sita en el mismo pueblo sede de la Universidad de Harvard en el estado norteamericano de Massachussets, nos recrea de modo magistral la **atmósfera**, tanto laica como religiosa, que sirvió de marco y dio **origen y sentido** a la acción de los primeros jesuitas. Pocos trabajos recientes tan buenos y completos sobre el mundo espiritual de un siglo tan prolijo, fecundo y pletórico de consecuencias para la «modernidad» como lo fue el siglo XVI. Es, además, una maravillosa

combinación de la más rigurosa metodología histórica del mundo anglosajón, con la perceptiva mirada «desde adentro», que sólo un jesuita podía proveer. Quizás por eso haya sido tan bien recibido por la crítica bibliográfica secular en los Estados Unidos.

Esas 450 páginas se expresan en una «Introducción», que pone al lector ante el fenómeno y le abre inmediatamente el apetito para los nueve (9) capítulos que vienen y la conclusión con que se cierra el trabajo. Sólo hemos de lamentar dos cosas: no hay, en sentido estricto, una **Bibliografía** aparte, sino que ella debe ser, a ratos, penosamente extraída por el propio lector de la ingente multitud de notas que el estudio tiene, y el segundo defecto —realmente abrumador— la maldición contemporánea de las notas aclaratorias y de las fuentes, al final del libro. Siendo O'Malley un investigador norteamericano, su pasión por las notas, cosa que le agradecemos, hace que haya un derroche de ellas en el libro (los norteamericanos acostumbran a respaldar con datos o citas cada afirmación que hacen); pero que a cada página (¡y son más de 400!) tengamos que ir al final del libro a consultar sus notas, para ver qué respalda la afirmación que acaba de hacer, es verdadera y agotadoramente fatigoso. Dios quiera y la edición castellana, que me informan está por salir, no someta a los lectores de nuestra lengua a semejante tortura.

O'Malley nos pasea por un panorama que cubre al siglo, y que va, desde los episodios, hartos conocidos, de la vida del propio Padre Maestro Ignacio y su encuentro con sus primeros compañeros de París (que luego la mitología jesuita bautizaría como los «Primi patres»), por quienes San Ignacio sentirá un aprecio particularizado a lo largo de su vida, pasando por la preparación de la novel Compañía para el urgente ministerio que el efecto combinado de la voraz expansión de la Reforma protestante y los acelerados descubrimientos geográficos de España y Portugal le imponían, hasta su intento por arrojar luz sobre el impacto que tuvo la Compañía de Jesús, tanto en la Iglesia de

Antonio Cova Maduro

Para el ojo avizor de los primeros jesuitas se imponía una doble respuesta a los desafíos del siglo: enfrentar y hasta sacar provecho del humanismo erasmiano, con lo cual la Compañía se dispuso a compartir la «modernidad» y entender que el desafío protestante imponía una profunda renovación de la vida del espíritu

su tiempo —sorprendida y terriblemente débil frente a los retos que le llovían sin cesar— como en ese peculiar siglo.

En efecto, para el ojo avizor de los primeros jesuitas (porque no fue algo exclusivo de San Ignacio, como lo mostrarían las observaciones y acciones de Jayo y Canisio en el mundo germánico) se imponía una **doble** respuesta a los desafíos del siglo: enfrentar y hasta sacar provecho del humanismo erasmiano, con lo cual la Compañía se dispuso a compartir la «modernidad» y entender que el desafío protestante imponía una profunda renovación de la vida del espíritu. Para lo **primero**, los jesuitas prepararán aceleradamente una ingente multitud de pedagogos, científicos y humanistas, y para lo **segundo** recurrirán a su arma más potente, diseñada y perfeccionada por el propio Ignacio e incansablemente utilizada por ellos donde quiera que llegaban: los Ejercicios Espirituales, a los que acompañaba el ministerio de las «conversaciones espirituales», notable innovación pastoral jesuítica (ya muy probada por el propio Ignacio en su labor proselitista en España y luego en París), además de algo muy eficaz para enfrentar al proselitismo protestante, como es todo el asunto de la «consolación», que tan magistralmente trata O'Malley en su libro (pp. 19 y siguientes).

LA PASTORAL JESUITA

Cuando los primeros compañeros ven frustrados sus deseos de trasladarse a Tierra Santa, inmediatamente echan manos

a la obra en las tareas que las circunstancias parecían exigir y deciden poner su voluntad, esfuerzo y dedicación a la disposición del asediado Pontífice. Eso irá imponiendo sus «consuetudines ministeriales» (los ministerios normales que deberán encarar de ahora en adelante), que harán brotar y luego institucionalizar lo que llamarán «nuestro modo de proceder», que distinguirá a los jesuitas en lo sucesivo y no dejarán de traerle envidias y problemas (como lo mostrarán los lamentables episodios de los «ritos chinos» y de las reducciones del Paraguay), a la vez que inmensos frutos.

Los jesuitas son un **producto**, a la vez que un **ingrediente** del siglo XVI; por ello era imposible que dejaran de responder a los dos retos más importantes de ese siglo: el primero de ellos, la Reforma protestante, que no hizo otra cosa que develar el deplorable estado de la Iglesia católica en Alemania y sus áreas de influencia. La captación de ese fenómeno llevó muy pronto a los jesuitas a desarrollar nuevas formas de evangelización, y en eso un gran innovador fue Pedro Canisio. Instruir al pueblo (de allí el **Catecismo** de Canisio) y dar un vuelco radical a la pésima formación del clero fueron sus armas preferidas. Mientras, su conciencia del papel de las élites, tanto en la propagación de la Reforma, como en la producción e institucionalización de las respuestas católicas, iba a llevarles a un afán muy especial en crear y mantener sus lazos con la aristocracia. Esta decisión estaría preñada de consecuencias para el porvenir, pero en el entretanto los jesuitas no parecían tener alternativas viables.

Pero si por algo el siglo XVI será conocido, es por haber incrementado significativamente el mundo conocido hasta entonces. Los grandes descubrimientos iniciales, rápidamente llevarían a una feroz competencia a las recién estrenadas potencias europeas, ya que a más tierras descubiertas y... apropiadas, mayor riqueza fácil y a la mano. De allí la enloquecedora carrera de España y Portugal primero, y luego la aparición en la escena de Holanda e Inglaterra. Ahora bien, siendo

Tener que evangelizar a poblaciones en una escala nunca antes vista iba a plantear problemas muy particulares, que la novel Compañía se esforzaría por encarar

católicas las naciones que abrieron el proceso, era obvio que la «evangelización» de los gentiles estaría entre sus más importantes prioridades. El que los jesuitas tuviesen tanto éxito en Portugal sería un impulso inescapable para llevarles a Brasil, en cuya historia han sido actores importantes, al mismo tiempo que a la India y al Extremo Oriente. Tener que evangelizar a poblaciones en una escala nunca antes vista iba a plantear problemas muy particulares, que la novel Compañía se esforzaría por encarar.

Esas obligaciones —recorrer vastos territorios, a la vez que profundizar en su pastoral en Europa— impusieron a los jesuitas afanes y tensiones que, vistos desde hoy, eran ineludibles. Ello les llevó entonces a un uso **intensivo** de sus recursos; por ello incluso los novicios y los jóvenes estudiantes eran rápidamente incorporados en las labores que sin cesar brotaban por doquier. Estaban muy lejos todavía los tiempos de una larga formación en inmensas y vetustas casas creadas para ello, en una Compañía estabilizada hasta el exceso. La acelerada incorporación, empero, iba a imponer un «turnover» incesante en la Compañía. Sus clamorosos éxitos tanto en la recuperación para el catolicismo de zonas enteras en Europa, y sus triunfos en la evangelización de las nuevas tierras no deben oscurecer el monto de quienes abandonaban la organización, ni las graves crisis que tuvo que sufrir, justamente en los sitios de mayor éxito: Portugal y España. El tratamiento que O'Malley hace de es-

Seguirle los pasos a algunos de los primeros jesuitas muestra las continuas movidas que, en el tablero de la organización, había que hacer a cada rato. Asombra ver lo que algunos hacían, y todavía uno se pregunta: ¿y con qué tiempo?

tos asuntos es muy bueno y junto con el de Ravier en su libro **San Ignacio funda la Compañía** son muy esclarecedores a este respecto.

LAS TENSIONES ORGANIZACIONALES

Desde su comienzo mismo la Compañía quiso asumir un «modo de vida» singularmente adecuado —y por ello con pretensiones de eficacia— a los retos que le llovían encima. San Ignacio fue en eso pertinaz y obstinado, como lo prueban sus enfrentamientos con la visión del Cardenal Caraffa, devenido Papa Paulo IV. La **movilidad** de los jesuitas —esencial para sus tareas y ministerios— les imponía el menor número de obligaciones «comunitarias» posibles, y les obligaba a una piedad y devoción muy personales. En un mundo de monjes y frailes aterrorizados ante la desbandada que el Protestantismo provocaba, eso tenía que hacerles sospechosos. Los ataques, a ratos histéricos, de Melchor Cano no fueron otra cosa que una exagerada, pero en absoluto rara, expresión de esa extrañeza y el antagonismo subsiguiente. Hasta nuestros tiempos los jesuitas tendrán que cargar con esa cruz a cuestas.

Tener que enfrentarse a humanistas y reformados con las desvencijadas armas del catolicismo medieval, a la vez que procedían a la «modernización» de la piedad y devoción católicas, les iba a hacer sospechosos de maestros del «doble discurso» y de actitudes hipócritas (quizás por eso todavía en inglés y en castellano, la palabra «jesuita» aparece como sinónimo de «taimado»).

Las tensiones peores, sin embargo, no fueron las que provenían de afuera, sino las **internas**. En efecto, abrumado por las urgentes peticiones que llegaban a Roma, y por las inmensas posibilidades que algunas de ellas ofrecían, San Ignacio, primero, y Laínez, luego, tenían que hacer constantes cambios en la dirección de obras ya instaladas. Seguirle los pasos a algunos de los primeros jesuitas muestra las continuas movidas que, en el tablero de la organización, había que hacer a cada

rato. Asombra ver lo que algunos hacían, y todavía uno se pregunta: ¿y con qué tiempo?

En medio de esa movilización a ratos muy agitada, se fue haciendo obvia la desesperada necesidad de estabilización y de «asentamiento», que tanto la propia organización como sus obras exigían. El tratamiento que O'Malley hace de los «Colegios» de la Compañía lo muestra muy bien. En efecto, lo que hacía muy débil al catolicismo frente al empuje protestante era la muy exigua formación de los creyentes. A la larga esa debilidad garantizaría la ausencia católica en la «modernización» del mundo. Pero mantener Colegios inexorablemente «amarraba» a los jesuitas que se dedicarían a ellos. El éxito de los primeros impondría, muy rápidamente, una Compañía cada vez más inmovilizada y, en cierta forma, más aislada del mundo, con lo cual un «carisma» fundamental de la organización se desvanecía.

Al lado de eso, las demandas sobre la Compañía, por la gravedad de la emergencia que vivía la Iglesia católica, le imponían a ésta una enorme solidez y profundización. Era vital, entonces, la solidificación de la organización y fue en ese momento cuando su arrollador crecimiento mostró su «otra cara». Es en este asunto donde O'Malley destaca el singular papel que les tocó jugar a dos importantes españoles: el Padre Polanco, quien como secretario del General asumió la elaboración de documentos, cartas y papeles vitales para mantener unida y sóli-

da a la Compañía, y el insigne Jerónimo Nadal, a quien tocó, como Visitador en importantes lugares de Europa, ser las «Constituciones» en carne viva. El papel de estos dos hombres para el futuro de la organización y para la vida espiritual del siglo XVI no había sido destacada hasta el presente estudio de un modo tan fehaciente. La inquina que, sin embargo y por eso mismo, les mostraría el peculiar Bobadilla —quizás, si no la «oveja negra» de los «Primi patres», sí su mayor calvario— que llegó hasta acusarles en instancias vaticanas y del alto clero, muestra el peligro que podía tener, para la misma Compañía, el resultado de los afanes de Polanco y Nadal: la organización se institucionalizaba y la «quisquillosidad» que a ratos exhibiría Nadal, de generalizarse por el cuerpo de la Compañía, le haría peor daño que el de mil protestantes. Y en eso Bobadilla no andaba despistado. El **método** para crear la alerta podía ser descabellado; el **objeto** de la alerta no. Los generalatos de Borja y Acquaviva lo harían ver con enorme claridad. Pero aquí, de nuevo, como lo plantea el trabajo sobre «fórmulas organizacionales» de Arthur Stinchcombe, las organizaciones, en sus estructuras y en las formas que adoptan, responden a los tiempos en que nacen, se asientan y se expanden. Por ello los cambios a veces son tan difíciles.

En momentos como los actuales, para la Congregación General que recién finalizó (la primera bajo la conducción de Kolvenbach), los análisis magistrales que O'Malley realiza en este libro pueden ser de invaluable ayuda para entender tanto el «carisma» original de la Compañía, vista desde lo «providencial» de su aparición y su vertiginoso desarrollo, como los caminos que la hicieron ir siendo distinta. Sólo con claridad en sus procesos históricos, puede la universal Compañía, en estos tiempos turbulentos, tomar nuevos caminos y garantizar la viva vida de su carisma inicial. □

Antonio Cova Maduro es sociólogo, profesor de la UCAB.